

RAIMON

evitar cualquier tipo de polución, ¿sabes? Y la censura previa. Hasta que no tienes doce canciones autorizadas, no puedes grabar un «long-play». Lo que a veces quiere decir que has tenido que escribir cuatro o cinco veces esa cantidad. Mi último disco es del año setenta, con poemas de Ausias March, Jordi Sant Jordi y Anselm Turmeda por una cara y canciones mías por la otra. Lo cual no quiere decir que no tenga material para grabar dos o tres discos más. Pero el problema es otro...

—¿Te sucede como a la mayoría de los poetas, que cuentan con mucho material inédito?...

—No sé. Inédito, inédito... Durante el tiempo que no he editado discos en España he editado tres en el extranjero: uno en los Estados Unidos, otro en Uruguay y un tercero en la Argentina. Y preparo otro que saldrá próximamente en Francia. Los discos se editan, lo que pasa es que siguen siendo desconocidos aquí.

«He vingut ací perquè crec que puc dir-vos, en la meua maltractada llengua, paraules i fets que encara ens agermanen, paraules i fets que encara ens fan sentir homes entre els homes, paraules i fets que encara ens agermanen en la lluita contra la por, contra la sang...».

—¿Te cuesta mucho hacer una canción?

—Mucho. Soy un hombre que produce difícilmente. No tengo facilidad. Soy muy riguroso conmigo mismo. He buscado siempre una gran economía de vocabulario, sin que esta economía vaya en perjuicio de la exactitud de la expresión. Luego hay que tener en cuenta que la letra va ligada a unas notas musicales. Todo esto comporta multitud de problemas. Es decir, me resulta mucho más fácil escribir cualquier otra cosa. Luego están los problemas de la interpretación... Hasta que no he cantado una canción en público no sé exactamente si he acertado o no.

—¿Qué se te hace más difícil, la parte literaria o la musical?

—Para mí, la dificultad estriba en ligar ambas cosas. Escribir poemas por una parte y melodías por otra me resulta relativamente fácil. Encajar una cosa con la otra es lo que encierra realmente problemas.

—¿Y cuando haces canciones sobre poemas no escritos por ti?

—Eso sólo lo consigo cuando he entrado realmente en el poema. En el sesenta y siete me propuse musicar a Ausias March y estuve más de dos años luchando con ello. La primera dificultad estriba en entrar en el poema. Una vez logrado esto, había que soslayar el peligro de que el resultado fuera demasiado pretencioso, ¿entiendes? Tenía que ser algo sencillo, perfectamente inteligible, popular, en una palabra. Esto lo conseguí después de mucho trabajo.

—El musicar poemas que en principio no se escribieron con la intención de que fueran cantados, parece que se ha puesto de moda en los últimos tiempos. ¿Cómo juzgas tú, en general, los resultados?

—Es evidente que muchas veces no están a la altura de los textos que se han tomado como punto de partida. Esto es debido, me parece, a que se hace sin el suficiente rigor, sin el suficiente estudio previo. No se trata de coger un poema, y por el simple hecho de que te parezca bonito, encalamarle cuatro notas de guitarra un poco al tuntún. Yo creo que antes hay que entrar en comunicación con el espíritu del poema. Desde muy joven he sido un gran lector de poesía. Toda mi vida he leído mucha poesía. Pero en el momento de musicarla no basta con eso. Tienes que descubrir la música peculiar de cada poema. El primero que hice canción fue la «Cançó del capvespre», de Espriu. Luego, poco a poco, musicé todas las canciones del ciclo «La Roda del Temps». Me costó años de trabajo. Además, cada poema tiene un «tono» distinto. No se puede medir todo por el mismo rasero.

—¿Escribes la música de tus canciones o la compones de oído?

—Normalmente la compongo sobre la misma guitarra. La transcripción al papel pautado, por lo general, no la hago yo, aunque podría hacerlo. Mi método de trabajo es voz y guitarra.

—¿Y qué fue primero, la poesía o la música?

—La poesía, la poesía. Bueno, yo escribo versos desde los quince años o cosa así. Al principio, sin pensar en canterlos, ni mucho menos. Escribo muchos más poemas de los que luego canto. Son poemas malos, claro está, pero...

Le pido a Raimon que me lea algunos de sus poemas no hechos canción. Lo hace. Los tiene escritos en un pequeño cuaderno de tapas de hule, de hojas cuadrículadas, con una letra muy menuda y firme. Mientras leo, sigue el ritmo tamborileando con los dedos sobre la mesa. Cuando termina, fumamos en silencio, tomamos café. Yo he detenido el magnetófono, aunque seguimos hablando durante horas. Hablamos de su tardío descubrimiento de los clásicos catalanes, cuya existencia le fue revelada en los años de Universidad; del papel jugado por la burguesía catalana en la «Reinaxença»; de los problemas que provoca a cada paso un bilingüismo artificial, mantenido durante centurias; de los derechos adquiridos por la lengua castellana en los Países Catalanes... Cuando salgo de nuevo al paseo de Maragall, el tráfico ha disminuido considerablemente. Es la hora de cenar, y yo temo haber extraviado el apetito y el restaurador sueño de la noche por obra y gracia del medio litro de café que me habrá bebido a lo largo de la tarde. ■ J. B. Fotos: SANTISO y TOMMASO LE PERA.

